

SYLVAIN MARC: ARTÍFICE DE LA BELLEZA ESENCIAL

POR FERNANDO MARTÍN MARTÍN

En estos tiempos en que los géneros artísticos, y de modo particular, la escultura, concebida como objeto tridimensional en el espacio, son cuestionados, así como la propia idea de belleza, sorprende como el trabajo de Sylvain Marc, posee estas dos premisas con un grado de validez supremo. En este sentido su reciente participación en la muestra colectiva que bajo el nombre de *La actualidad de lo bello* tuvo lugar en la sala de exposiciones de Santa Inés de Sevilla en Mayo de este año, su presencia constituyó uno de los máximos ejemplos que justificaban la tesis presentada por su comisaria, –Belén Chueca–, subrayando el hecho insoslayable e intemporal de lo bello, pese a la contingencia posmoderna, en que esta cualidad formal, así como lo trascendente, parecen haber quedado relegadas a favor de lo testimonial e irónico, características estas, que sustentan buena parte del quehacer artístico de la actualidad desde la década de los ochenta.

Sylvain Marc, (Commercy 1948), es un artista francés-español perteneciente al importante colectivo de extranjeros que vive y trabaja en nuestro país desde hace años, en su caso y de manera concreta desde 1973 en la Línea de la Concepción (Cádiz), fecha en que se afincó en España de manera definitiva después de haber renunciado a sus carreras militar y de comercio para pasar por la escuela de Artes y Oficios de Algeciras. De este modo Sylvain se suma a la amplia nómina de artistas existentes en el Campo de Gibraltar, a cuyo impulso y consolidación tanto contribuyó la generosa y encomiable labor llevada a cabo por el inolvidable **Manuel Alés**, a cuya iniciativa se debe que el museo Cruz Herrera de la Línea, se convirtiera, desde hace unos años en uno de los referentes del arte plástico actual más dinámicos.

Sylvain, como la mayoría de los artistas foráneos que residen en nuestro país, pese a tener buena parte de ellos una larga trayectoria, en su caso desde 1970, no se les ha prestado todavía la atención que merecen hasta fecha muy reciente, como lo confirman las dos exposiciones que bajo el título *El paraíso encontrado*, y *Extranjeros*.

Los otros españoles, tuvieron lugar respectivamente en Málaga (Diputación provincial, 2001) y Segovia (Museo Esteban Vicente, 2002). En ambas muestras se dieron cita artistas procedentes de Europa y de América, especialmente de Latinoamérica, ofreciendo en su diversidad de lenguajes total sintonía con el resto de los españoles. Con ello, se seguía una tradición de coexistencia internacional en nuestro país que se remonta a la época de la vanguardia histórica, o de preguerra, recuérdense nombres como los de los uruguayos José Torres García y Rafael Barradas, por aludir a dos de los que permanecieron más tiempo entre nosotros, y tuvieron una mayor influencia en los medios artísticos innovadores, sin olvidar a aquellos que permanecieron menos tiempo, como Diego Rivera, Francis Picabia, Wilfredo Lam, Sonia y Robert Delaunay etc.

Con posterioridad, y sobre todo desde los años setenta en adelante, la lista de ellos es más que notable, desde la del filipino Fernando Zobel, al argentino Alberto Greco, desaparecido prematuramente, hasta nombres de tanto prestigio como Wolf Vostell –creador del museo de Malpartida–, Will Faber, Mitsuo Misura, el pintor surrealista cubano Jorge Camacho, o los austriacos Adolfo Schlosser y Eva Lootz, ambos premios nacionales de artes plásticas.

Sylvain da a conocer públicamente su obra por primera vez en una exposición colectiva en 1977, en pleno periodo posmoderno, en el que la revisión de la escultura, como advertimos anteriormente, sufre uno de los más profundos replanteamientos. Sylvain lleva residiendo en la Línea desde hace cinco años. Esta primera incursión la realiza en la algecireña galería Cartea, en ella presenta un conjunto de piezas de madera cuya concepción ya anuncia algunas claves lingüísticas que con posterioridad desarrollará.

Sus esculturas, en general de pequeño formato –escala muy querida por el autor– realizadas a partir de las propias formas del material empleado, es decir, bloques o trozos de madera compacta a los que la gubia desbasta a la par que compone volúmenes y crea imágenes. En este sentido una de las características que desde un principio destaca en su obra, es la habilidad y dominio que posee sobre los materiales con los que trabaja. Un conocimiento, propio de un prodigioso artesano, ya sea en su tratamiento aplicado a la arcilla, madera, bronce, o mármol, sobre todo este último en su diversa tipología y variedad geológica: macael, portugués, italiano etc.

Aunque Sylvain desde sus comienzos trabajó con diferentes materiales en la década de los setenta posee una especial relevancia la madera, sobre todo en su primer lustro.

En ella la figuración coexiste con una singular abstracción inspirada en la naturaleza. Entre las primeras son representativas una serie de obras de pequeño tamaño de carácter monolítico cuya apariencia en ocasiones trae a la mente las piezas del juego del ajedrez, mientras en otras se acerca al ex voto con influencias de culturas primitivas, todas poseen una visión frontal y composición vertical determinada por el trozo de madera empleado. Pequeñas cabezas, maternidades, grupos familiares, temas que con posterioridad serán retomados en una multiplicidad de visiones y enfoques. Quizá sea en este sentido la temática del *torso femenino* abordado en estos años, el que en

un futuro aparecerá con mayor insistencia, siendo la clásica fragmentación anatómica el fértil pretexto para una recreación ilimitada.

Perteneciente al mismo marco temporal, son un conjunto de esculturas que están en una línea de mayor experimentación con connotaciones con lo que se entiende como “objeto encontrado”, tan del gusto para algunos de nuestros artistas de la vanguardia histórica, como Ángel Ferrant o Manuel Ángel Ortiz, en sus hallazgos azarosos de objetos por el campo o la playa, donde raíces, conchas o piedras, todos ellos “esculpidos” por la aleatoria acción del tiempo cuya sutil incidencia les otorga caprichosas configuraciones de gran poder de sugerencia. Pero estas afinidades en la obra de Sylvain se limitan a una primera impresión formal, puesto que éstas contrariamente a la de los artistas citados, no nacen del azar, del descubrimiento, si no de la voluntad de creación. De este modo surgen trenzados, formas entrelazadas, de extraño aspecto arborescente que parecen hacer realidad la afirmación wildiana de que “la naturaleza imita al arte”. En otras ocasiones la impronta de espontaneidad ha dado paso a una concepción más compleja, como es el desarrollo espacial de las formas, aunque conservando ese aire primigenio propio de los elementos de la naturaleza.

Tradición de modernidad e innovación en su mutable y permanente creatividad, son las dos premisas que mejor definen la obra de Sylvain. Su lenguaje es heredero de lo que podemos denominar “escultura de lo esencial y de lo bello”, una línea de trabajo inaugurada por Constantin Brancusi y seguida por autores tan significativos como Isamu Noguchi, Jean Arp o Bárbara Hepworth, aunque éstos dos últimos diferirán conceptualmente pese a compartir el respeto por la naturaleza de los materiales. Sylvain es un escultor mediterráneo entendiendo este aserto, tanto aludiendo a una marco geográfico concreto, como a una espacio cultural propicio a generar categorías plásticas como lo equilibrado, lo armonioso, y una estética específica, que constituye unas señas de identidad propias a la hora de efectuar el trabajo artístico, alejado de todo dramatismo y tensión expresionista. En estas coordenadas es donde el artista va a configurar su personal lenguaje plasmado en una producción notable, caracterizada por la pluralidad de prototipos icónicos. El mármol es sin duda el material preferente con el que parece sentirse mejor a la hora de objetivar sus ideas, es decir, piedra dura a la que somete a talla directa a través del cincel, una praxis técnica que requiere destreza y comprensión total de a materia. Las formas ovoides y cilíndricas son frecuentes, poseedoras respectivamente de un sentido plástico cargado de referencias simbólicas que van de lo germinal a lo arqueológico. Si los volúmenes ovoides aparecen perforados de modo que traslucen un espacio interior estableciendo un diálogo feliz entre la oquedad y la masa, en otras piezas, el sabor arcaico le confiere un valor polisémico tanto como escultura autóctona, como parte de un conjunto. Generalmente la escultura de Sylvain carece de peana así como de título, lo cual potencia una percepción distinta según el espacio donde se ubique, mientras que la ausencia de nombre posibilita una más rica interpretación al contemplador.

La simplicidad compositiva y la apariencia elemental, hace que algunas esculturas se inserten de lleno en la esfera de lo orgánico y lo biomórfico, evocándonos el

nacimiento de lo vivo, un carácter globular y neumático que parecen registrar el instante vital de la metamorfosis. Formas onduladas y sinuosas que desconocen el perfil agresivo y anguloso, complaciéndose por el contrario en la curva sensual y la superficie pulida, lo que confiere a sus obras un carácter táctil y un refinamiento verdaderamente exquisito. Esculturas que conminan a la caricia y a la delectación de las formas, cuya suavidad y redondez parecen derivar más de la trémula modelación del barro que de la contundente talla. Las propias vetas del mármol, con sus sutiles y traslúcidos contrastes cromáticos, contribuyen de modo eficaz a la calidad estética y visual de estas obras. El reposo y gravedad de algunas piezas, se alterna con el arabesco, el ritmo, y el movimiento de otras. De este modo el pliegue de papiroflexia fosilizada a la manera de doblez inédita en una superficie horizontal, coexiste con las espirales ascensionales y ondulantes como menhir algodonoso de poética ambigüedad.

Las formas orgánicas de prístino pulimento parecen ser contrastadas con otras de carácter relivario, donde el tratamiento rugoso y textural de sus superficies, las dota de una apariencia fitomórfica, de helecho y elemento vegetal, logro conseguido gracias a la sabia ductibilidad con que su autor aborda sus trabajos y a la admirable inventiva que guía su obra.

La dialéctica entre lo leve y lo pesado, o lo cóncavo y lo convexo en sus complejas relaciones de osmosis entre exterior e interior, también están presentes como resultado de una perseverante investigación. Esta sorprendente y prolija actividad tendrá en las *instalaciones*, que en ocasiones ha efectuado, uno de los exponentes más representativos y elocuentes de su propuesta estética como la realizada bajo el significativo título **El jardín del escultor** en la muestra antes señalada de la sevillana sala de Santa Inés. En ella, ocupando un amplio espacio, situó sobre una base de piedras pequeñas de tonalidades grises, todo un conjunto de obras de distinto tamaño y factura, que dispuestas estratégicamente parecían emerger de modo fantástico trazando itinerarios y creando una atmósfera mágica y de gran belleza. Un jardín soñado que en realidad constituía una suerte de antología de su fascinante repertorio, una puesta en escena efímera que guarda estrechas analogías con otras experiencias, como por ejemplo los hermosos jardines diseñados por Noguchi en Jerusalén o Nueva York o el “Laberinto Miró” en la Fundación Maeght en San Paul de Vence, todos ellos al aire libre y proyectados de forma permanente en acertada integración con la naturaleza.

Aunque no han sido muchas las oportunidades, que se le han presentado a Sylvain para hacer obras a gran escala para un espacio público, es importante destacar por lo que tiene de ruptura conceptual con respecto a lo realizado hasta ahora: **La puerta de Salina**, 2001, monumento conmemorativo levantado con motivo del séptimo aniversario de la Fundación de Chiclana (Cádiz), realizada posteriormente a su participación en el Simposium de Escultura en mármol organizado en Vila Viçosa (Portugal) en este mismo año. Erigida sobre un pedestal de hormigón, blanco al igual que la propia escultura. Su autor, consciente del lugar y el carácter simbólico que la ocasión exigía, prescinde de su habitual predilección por las volúmenes de contornos redondeados y fluidos, decantándose por rígidas estructuras geométricas que a modo

de secuencia adintelada de menor a mayor, se desarrolla en el espacio ofreciendo según la posición del espectador, diferentes perspectivas visuales. Su ubicación en un promontorio y frente a un lago artificial, hace que el monumento adquiera una airosa presencia dada la óptima relación conseguida entre escala y entorno.

Uno de los problemas de recepción que la escultura presenta dentro del contexto de las colecciones privadas es, aparte del propio carácter físico de la misma –tan diferente a la obra bidimensional– su tamaño y la dificultad que normalmente comporta su ubicación en un espacio convencional. El hecho de que las obras de Sylvain sean por lo general de proporciones reducidas, hace que éstas sean “domésticas”, o lo que es lo mismo, que el arte se haga habitable en el hogar. Propiciando una relación de cercanía e intimidad altamente gratificante, es entonces cuando la obra desde su presencia silenciosa se hace más locuaz para el espíritu sensible, cobrando su más plena justificación, una cualidad que el artista a quien hemos dedicado estas reflexiones ofrece con generosidad.

















